

# EXPEDICION FRANCO-ESPAÑOLA A LA SIMA DE LEPINEUX

Agosto de 1953

Por Rodríguez de Ondarra

(CONTINUACION)

Algo más de una hora llevaba suspendido del cable, cuando comencé a oír las voces de mis compañeros de equipo que me habían precedido en el descenso. Minutos más tarde, atravesaba la bóveda de la sala Lepineux y perdía todo contacto con las paredes.

Al perder el apoyo de la roca y a consecuencia de un movimiento en falso, mi cuerpo comenzó a girar lentamente sobre sí mismo. Este movimiento de rotación permitía que mi lámpara frontal barriese con su haz luminoso todos los ámbitos de la sala. Paredes desnudas, carentes de concreciones estalagmíticas, desfilaban ante mi vista por doquier. A 40 mtrs. de profundidad, un encrespado mar de rocas cubría el suelo de la caverna. Sobresaliendo sobre todas ellas, una gran cruz fosforescente señalaba el lugar en el cual reposan los restos de Marcel Loubens. Unos metros más arriba, al pie de la pared Oeste, el resplandor de una lámpara de carburo denunciaba el emplazamiento del campamento base subterráneo.

Mis coequipiers advertidos por las llamadas de mi próxima e inmediata llegada, se aprestaron a recibirme. Janssens encendió dos grandes reflectores cinematográficos y los dirigió hacia mí, para que Ertaud pudiese filmar con su cámara los últimos metros de mi descenso. Casteret me recibió con sus clásicos irrintzis mezclados con ¡vivas a España!. Mairey, como buen médico y conocedor del medicamento preciso para cada ocasión, me esperaba con una botella de ponche en la mano.

Ayudado por tan buenos camaradas, pronto me desembarqué del arnés de paracaidista y de los sacos de equipaje, y pude dar la orden de izar el cable.

En el momento en que desapareció el cable a través de la gran grieta de la bóveda, comenzó para mí la verdadera aventura. Me hallaba enterrado a cerca de 400 mtrs. bajo tierra, formando parte de un equipo en el cual solamente yo hablaba el español y solamente yo no sabía el francés. Durante tres días mi memoria se vió precisada a trabajar horas extraordinarias, pues como Ertaud y

Casteret conocían algunas palabras inglesas e italianas, yo precisaba recordar los vocabularios de estos idiomas que hace más de diez años aprendí en el colegio, para poder entenderme con mis compañeros.

Las primeras horas de mi estancia en el interior del antro las dediqué a concluir el montaje del campamento base subterráneo, ayudando a Janssens, Ertaud y Mairey. Este campamento lo instalamos en dos pequeñas plataformas situadas en la pared O de la Sala Lepineux. El desnivel entre ambas plataformas era de unos 30 mtrs. En la plataforma superior colocamos la centralilla telefónica, el almacén de víveres y material, el botiquín y la cocina. En la plataforma inferior montamos tres tiendas de campaña, bi-personales, para pernoctar.

Las tiendas eran de dos tipos diferentes: dos de forma piramidal y una de forma canadiense. El techo, paredes y piso de las tiendas estaba formado por una sola pieza. Las tres tiendas estaban dotadas de doble techo. Sus aberturas se cerraban herméticamente con cremalleras. Al finalizar esta labor, realicé una visita general a la Sala Lepineux en compañía de Casteret.

En nuestro peregrinar por la sala visitamos el punto en el cual quedó el cuerpo de Loubens después de su trágica caída. Un pequeño crucifijo, que le fué enviado a Marcel a través de Mairey por mi muy querido y dilecto amigo Rvdo. P. D. Tomás Aauri, en el momento en que agonizaba, cuelga pendiente de una clavija sobre el lugar del suceso. Más adelante y sobre la rugosa superficie de una roca pude leer el siguiente rótulo marcado a fuego:

ICI  
MARCEL  
LOUBENS  
A RECU LES  
DERNIERS JOURS DE  
SA VIE COURAGEUSE

Al llegar junto a su tumba mi compañero y yo nos arrodillamos y dirigimos a lo alto una oración por el alma de aquel magnífico espeleólogo que fué en vida Marcel Loubens.

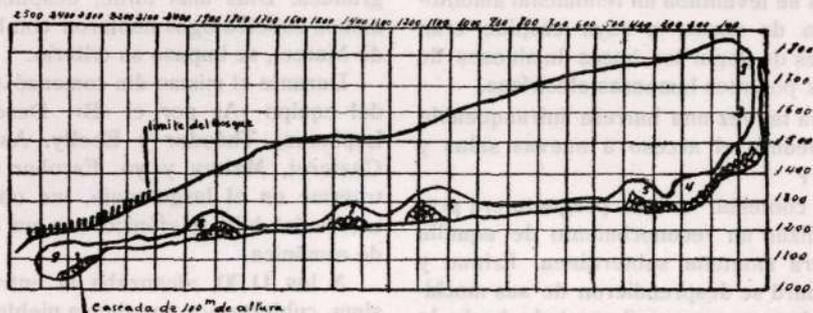
Reunidos nuevamente los cinco espeleólogos en el campamento, mientras esperábamos la llegada de Treuthard, nos dedicamos a comentar las incidencias del descubrimiento y exploración de una nueva sala en territorio español, al mismo tiempo que preparábamos nuestra cena.

La llegada de Treuthard, el almacenamiento de los materiales de que él era portador y la cena retrasaron la hora de nuestro descanso. A las doce, bien embutidos en nuestros sacos de dormir y sobre cómodos colchones neumáticos de caucho nos entregamos al sueño.

A las ocho de la mañana del día siguiente, el despertador del Dr. Mairey al romper con

colorante, emprendimos el camino hacia lo desconocido. Marchando por la pendiente pedriza que cubre el piso de la Sala Lepineux logramos alcanzar un estrecho túnel, atravesando el cual y descendiendo 20 mtrs. por escala metálica conseguimos entrar en la Sala E. Casteret. Una fuerte corriente de aire frío procedente de la zona Este de la sala, nos hace pensar en un conducto de comunicación con el exterior; probablemente esta corriente proviene de una enorme sima que se abre junto a las bordas de Lagrave.

Durante un rato caminamos sobre enormes rocas desprendidas del techo y recubiertas de arcillas de decalcificación, que las hacían sumamente resbaladizas. Cruzada



CORTE VERTICAL DE LA SIMA.—1.-Entrada de la Gruta. -2.-Chimenea. -3.-Sala Lepineux. -4.-Sala E. Casteret. -5.-Sala M. Loubens. -6.-Sala Queffelec. -7.-Sala Adélie. -8.-Sala P. Chevalier. -9.-Sala de la Veina.

su agudo retoque el sepulcral silencio de la caverna nos hizo despertar sobresaltados. Al intentar incorporarme noté un agudo dolor en todo el cuerpo. Mi colchón se había desinflado hasta quedar completamente vacío y había dormido como un bendito sobre un lecho de piedras. Al intentar calzarme las recias botas de montaña me llevé una nueva sorpresa, éstas se habían hinchado con la humedad y justamente podía introducir los pies con un solo par de calcetines, cuando de ordinario me entraban holgadamente con dos.

Invertimos la mañana en preparar los equipos para la exploración de la tarde y en filmar numerosas escenas para la película de Ertaud.

A primera hora de la tarde, completo ya el equipo «A» con la llegada de Delteil, pertrechados con material de exploración ultraligero, víveres y cuatro recipientes con

esta sala, penetramos en la Sala Loubens, al final de la cual se abría un túnel tenebroso por el cual discurría el famoso río subterráneo. El ruido que hacían sus aguas al deslizarse sobre los cantos rodados que cubrían su lecho veníamos oyéndolo hacia largo rato.

Al final de la sala una colada estalagmítica cubría con su blanco manto el suelo y formaba hermosos gours, en los que se almacenaban aguas increíblemente transparentes, hasta el punto que más de un explorador se remojó hasta la rodilla al creer que estaban vacíos.

Unos metros más adelante Casteret ordenó hacer alto y proceder a realizar la coloración de las aguas; eran las cuatro de la tarde. Descargamos los recipientes de colorante de nuestras mochilas y acercándonos a la ribera subterránea comenzamos a arrojar a puñados, lentamente, veinte kilos

de un polvo rojo finísimo, que al disolverse en el agua hacía que ésta adquiriera una maravillosa tonalidad verde esmeralda.

Veinte minutos más tarde concluimos nuestra labor, después de haber arrojado materia colorante suficiente para teñir 800.000 metros cúbicos de agua.

Tras unos breves minutos de descanso, que aprovechamos para tomar alimentos concentrados, reanudamos nuestra marcha, esta vez internándonos por zonas totalmente inexploradas. Durante algún tiempo seguimos el curso de las aguas, a través del túnel. Al final de éste se abría una nueva sala de grandes dimensiones, el río desaparecía entre los grandes bloques clásticos y frente a nosotros se levantaba un fenomenal amontonamiento de rocas, a cuya cúspide eran incapaces de llegar los haces luminosos de nuestras potentes lámparas eléctricas.

¿Sería tal vez una barrera infranqueable que impediría el acceso a nuevas salas y galerías?

Para contestar a esta pregunta era preciso realizar un reconocimiento de aquella verdadera montaña subterránea. Ertaud y Treuthard se desprendieron de sus mochilas y se lanzaron en agil escalada hacia la cumbre del obstáculo. Durante quince minutos no oímos más que su pesado jadear y el ruido de las piedras que se desprendían a su paso. Después, un grito de triunfo de Treuthard nos anunció el hallazgo de un acceso a nuevas cavidades. Nuestra misión había sido cumplida y Casteret dió orden de iniciar el regreso.

Guiados por las señales de «school-lights» (1) que habíamos dejado al avanzar, fuimos atravesando en sentido inverso las galerías y túneles que habíamos cruzado horas antes.

A las nueve, después de ocho y media horas de exploración alcanzábamos el campamento base.

Después de cenar, Janssens, que hacía horas mostraba señales de gran nerviosismo, pidió ser izado a la superficie. Delteil se queda ayudándole a ponerse el traje impermeable y el arnés de paracaidista; los demás nos retiramos a nuestras tiendas.

(1) Tiras de tejido impregnadas de pintura fosforescente.

Al unirse Delteil a nosotros nos contó que una falsa maniobra de Janssens había imprimido un fuerte movimiento pendular a su cuerpo, el cual había hecho creer al nervioso espeleólogo que se había desprendido del cable y caía en el vacío. En aquellos momentos reímos todos el incidente.

Me costó el dormirme, pero al fin Morfeo me acogió en sus brazos y pude descansar de las fatigas y emociones del día.

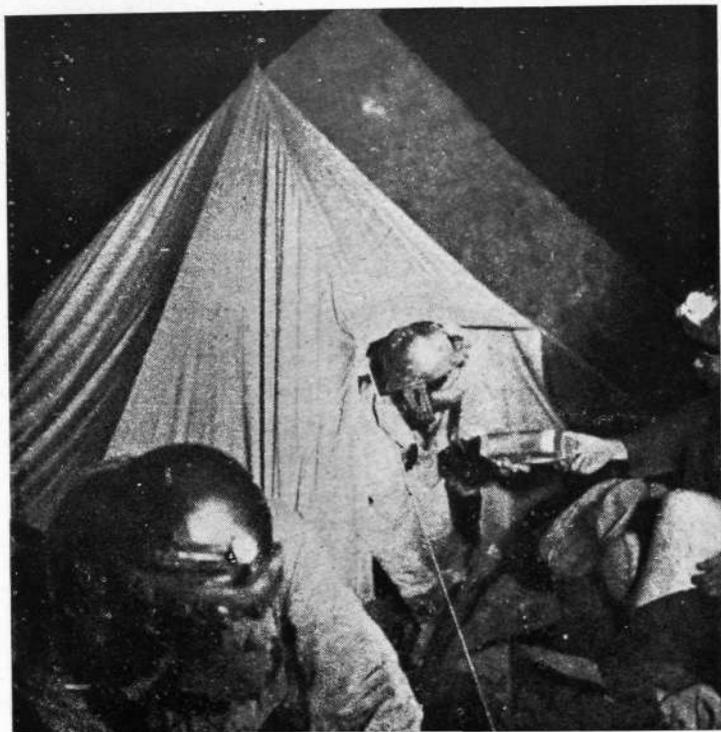
Al día siguiente hubo un pequeño conciliábulo sobre las posibilidades de extraer a la superficie el cuerpo de Loubens. Casteret y Mairey eran partidarios de no tocar el cadáver, las posibilidades de triunfar en la empresa eran mínimas y los riesgos muy grandes. Días más tarde, después de que ambos espeleólogos hablaron con la familia de Marcel, se impuso su criterio.

Durante el mismo día comenzó el relevo del equipo «A» por el «B». Descendieron Lepineux, Théodor y Epelly. Ascendimos Casteret, Mairey y yo. Escobar para distraerme en el largo viaje, me obsequió a través del hilo telefónico con un concierto de armónica.

A las 11,30, alcanzaba la entrada de la sima, cubierta por una densa niebla. Pese a lo avanzado de la hora, allí me esperaban Llopis, Levi, Termes, Escobar, Pierre Louis, Queffelec y otros muchos compañeros. Un capitán de tropas de montaña de la guarnición de Pamplona, me tenía preparado café caliente y coñac. Una nube de preguntas cayó sobre mí; todos querían conocer mis impresiones. Al fin Llopis consiguió separarme del grupo y acompañado por él me fui a mi tienda de campaña. En aquellos gratos momentos un pesar solamente nublabá mi alegría. Era la ausencia de Elósegui, el excelente amigo junto a quien me inicié en el campo de la espeleología y a quien traidora enfermedad había alejado de nosotros.

### Continúa la exploración

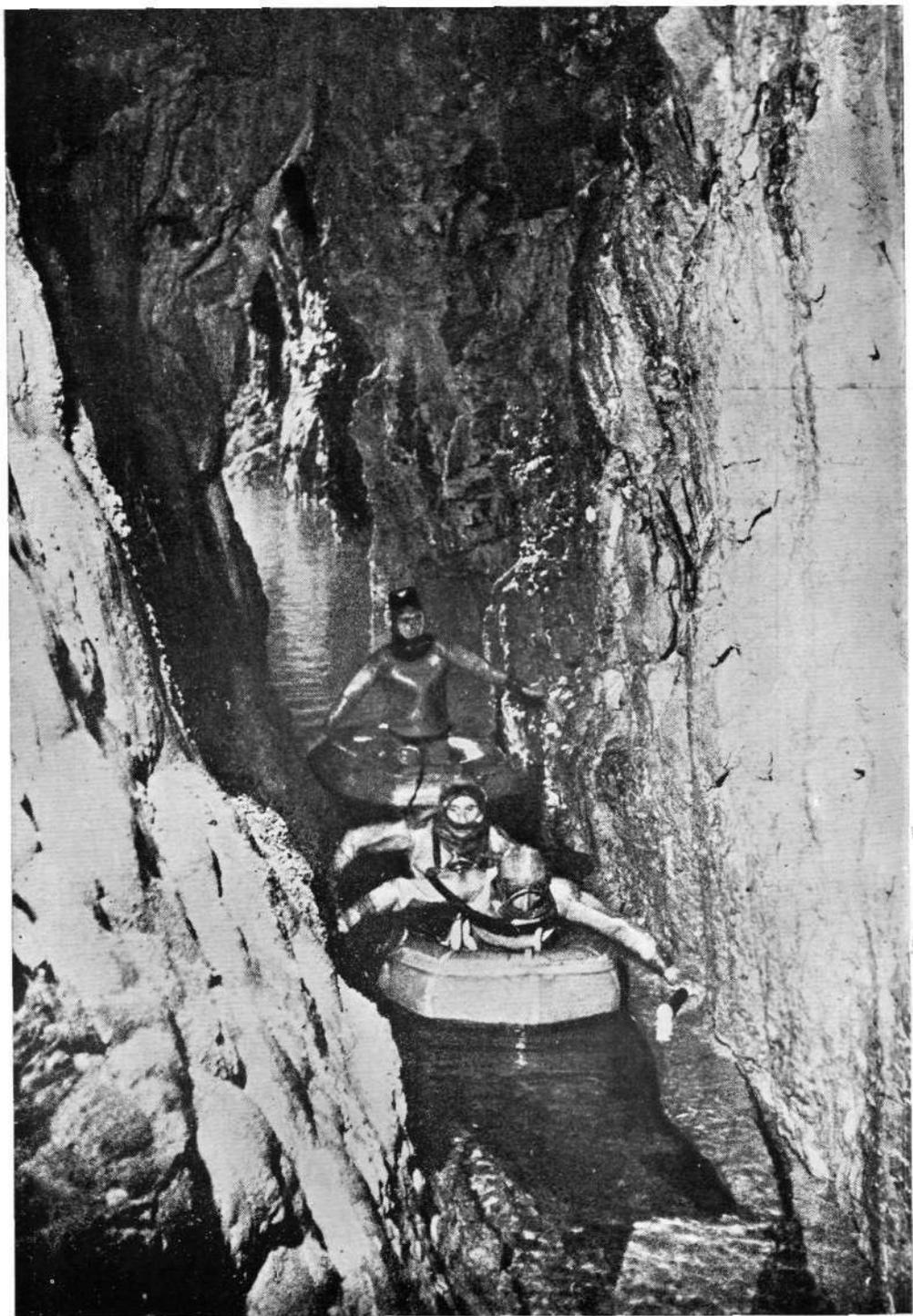
El día 12, una vez que el equipo «A» fué totalmente relevado por el «B», comenzó una nueva fase en la exploración de la Sima Lepineux. Un grupo de asalto formado por Lepineux, Théodor y Epelly, pertrechado con equipo de acampada y viveres y material para varios días, atraviesa rápidamente la zona reconocida por el equipo «A» y pene-



Vista parcial del  
campamento base  
subterráneo.



Miembros del  
equipo «A»  
realizando la  
experiencia de  
coloración de  
aguas.



Los «hombres-ranas» del equipo espeleológico exploran una corriente subterránea en las inmediaciones de la Sima Lepineux.

trando en el sector inexplorado, descubre nuevas salas. Un grupo de apoyo formado por Assens, Letrone, G. Ballandreaux y Ertaud se dedica al levantamiento topográfico del antro.

Mientras seguía la exploración de la caverna, el Dr. Llopis acompañado de sus ayudantes españoles y de L. Ballandreaux, realizaba un detenido reconocimiento y estudio en superficie de la región y exploraba numerosas simas relacionadas con el aparato kárstico de la Sima Lepineux, algunas de ellas de más de 125 mtrs. de profundidad.

El equipo de superficie contribuía notablemente al conocimiento espeleológico de la región explorando gran número de cavidades situadas en los alrededores del collado de Ernaz. El descubrimiento de una simanevero, en una de estas exploraciones, nos sirvió para solucionar el problema que nos había planteado la escasez del agua, problema tan grave, que había sido preciso racionar tan valioso elemento.

En Belagua, mi querido compañero de exploraciones D. Jesús Elósegui, entretenía la convalecencia de su enfermedad vigilando las resurgencias del valle, para ver si salían aguas teñidas con fluoresteína.

### **Un nuevo record mundial espeleológico**

Mairey, Casteret y Levi, que se habían agregado al equipo «B» durante los días 14, 15 y 16, respectivamente, anuncian al atardecer del día 18 que habíamos batido un nuevo record mundial espeleológico de profundidad, ya que la Sala de la Veina, en la cual había finalizado la exploración, se hallaba a - 728 mtrs.

Anteriormente se había batido en la Sima Lepineux el record mundial espeleológico de descenso en vertical absoluta, fijándolo en - 356 mtrs.

### **El rescate de los últimos exploradores**

Alcanzados los objetivos señalados para la expedición de 1953, comenzó un penoso trabajo, el remontar a la superficie a los últimos expedicionarios del equipo «B». Las dificultades a vencer para conseguir hacer llegar la extremidad del cable del tornoelevador hasta el campamento base subterráneo eran enormes. Fué preciso que los heroicos «clairieurs lyoneses» Daniel Epelty y Georges Ballandreaux permaneciesen colgados de la pared de la gran sima vertical,

por medio de clavijas y durante más de doce horas, para conseguir que el cable descendiese normalmente y pudiesen alcanzar la superficie los exploradores que se encontraban en la Sala Lepineux.

Al amanecer del día 19 era izado a la superficie Ballandreaux, último en abandonar la caverna, con lo cual se daba fin a esta tercera expedición.

### **Resultados obtenidos en esta expedición**

Aparte de los éxitos deportivos alcanzados, la expedición ha obtenido magníficos resultados científicos, que resumimos a continuación:

1.º) Se ha realizado por el Dr. Llopis un excelente trabajo sobre la geología externa de la región con relación a la caverna, el cual será publicado en el t. II del año 1954, de la revista «SPELEON».

2.º) Se han aumentado notablemente los conocimientos topográficos y geoespeleológicos que se tenían del antro. Esperamos en breve, la publicación en una revista especializada de los datos obtenidos por el equipo francés.

3.º) Se han descubierto varios ejemplares de seres cavernícolas (miriápodos e insectos) que viven a más de 400 mtrs. de profundidad.

4.º) Se ha descubierto que las aguas del río subterráneo nacen en territorio español y vierten a Francia. Las aguas teñidas por la fluoresteína aparecieron en la resurgencia de Bentia, cerca de Santa Engracia.

No debemos tampoco olvidar que la colaboración de franceses y españoles en la exploración del antro ha servido para estrechar las relaciones entre los espeleólogos de ambos países.

Y no quiero concluir estas notas sin expresar mi admiración hacia Queffelec, Pierre Louis, Rossini, Abbe, Atout, Morizot y todos sus compañeros del equipo de superficie que con su abnegada y callada labor hicieron posible el éxito de esta expedición, y mi agradecimiento al Excmo. Sr. Gobernador Civil de Navarra y a las autoridades y vecinos de Isaba, así como al amigo Escobar, por todas las atenciones que nos dispensaron a los miembros del equipo espeleológico enviado por el Gobierno español, antes, durante y después de la exploración.

Tolosa, Septiembre de 1953.